

“RECADOS: CONTANDO A CHILE”, de *Gabriela Mistral*. Editorial del Pacífico, S. A. Santiago, 1957

La publicación de un libro de prosas de Gabriela Mistral era sin duda una ocasión para gustar a lo largo y a lo ancho las aptitudes de la autora en el manejo del estilo, ya que según fama hondamente asentada en Chile, era la posesión de un estilo original y aun maestro lo que hacía posible la acogida que se prestó a esta producción en tribunas tan prominentes como *El Mercurio* de Santiago y *La Nación* de Buenos Aires. Desde luego, se nota en todos los artículos recogidos en este volumen, con insistencia no siempre del mejor gusto, la nota racista. Gabriela Mistral no trepida en llamarse “indigenista de siempre” (página 258), y actúa como tal. Cree en las ya desacreditadas cualidades permanentes y fijas de las razas, y las presume, algo candorosamente, presentes en cada uno de sus miembros. Una de sus predilectas es la raza vasca, a la cual declara pertenecer por ser la de su madre (Alcayaga) y a la cual atribuye la longevidad (página 250) y aun la posesión de grandes y nobles virtudes: “Guarde Dios en usted sin reblandecimiento el vasco salubre, íntegro y eterno” (página 223), exclama, al despedirse del poeta Julio Barrenechea.

Esto de sentirse el hombre inscrito en un grupo humano de fronteras claras no es, en general reprobable, pero podría llegar a serlo cuando se expresa tan sin rebozo la satisfacción de sentirse, por ejemplo, árabe y no judío, o vasco y no andaluz, cual parece notarse, de página en página, esto es, con frecuencia, en estos *Recados*. Tal es la impresión de conjunto que se obtiene de la lectura de este libro: la autora es racista, y lo cuenta, confiesa y corrobora con cierta donosa ingenuidad. No se le puede hacer cargo por lo anticientífico de su actitud, ya que era poeta y no pensador; pero si se quiere filiar el libro, no es dato perdido.

Para llegar a tener estas vistas generales sobre esta obra era preciso leerla, y allí es donde comienza a diseñarse un agudo y crecien-



te disentimiento entre el lector y los editores. Una cantidad de erratas de grande importancia, aunque tal vez no en crecido número, embaraza la lectura, y son ellas tan notorias, tan violentas, tan ostensibles y espectaculares, que una vez y otra se busca la fe de erratas que debió imprimirse para aliviar un tanto la fatiga del lector. ¡Vana búsqueda! Los editores se han sentido, al parecer, infalibles, y no hay tal fe de erratas. Ante este descuido hemos cortado por el camino más breve y más útil: la hemos elaborado por nuestra propia cuenta, y ahí va.

<u>Pág.</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe leerse:</u>
9 línea	24: empleé	empleé
10 "	4: géneros	juicios
12 "	3: propicias	propicios
20 "	23: Kupurtala	Kapurtala
26 "	15: vasta	basta
51 "	33: hostilidad	hospitalidad
52 "	20: Tótola	Tótila
66 "	final: Melitza	Militza
101 "	24: derrumbaría	derrumbarla
102 "	8: figurosamente	rigurosamente
105 "	14: raza	taza
137 "	3: también	también
157 "	5: vinieron.	vinieron:
204 "	29: autores	lectores
213 "	25: mate	remate
214 "	25: Sweig	Zweig
218 "	16: Kamanchatqa	Kamchatka



Pág.	Dice:	Debe leerse:
———	———	———
224	” 22: área	aérea
225	” final: huemuel	huemul
229	” 22: circulante	circundante
229	” final: fijos	filos
232	” 34: elácrita	alácrita
235	” 34: maesteos	maestros
257	” 15: enédita	iné dita
260	” 27: hacía	hacían.

A estos deslices de impresión agazapados como si dijéramos entre las líneas del libro y que sólo se descubren mediante la lectura atenta y sostenida y que, naturalmente, escapan al lector descuidado, deben añadirse algunos de marca mayor. Existe, por ejemplo, notoria discrepancia entre las dos portadas, la que corresponde a los pliegos impresos del libro y la externa, generalmente llamada tapa de color entre los técnicos de la bibliografía. En la primera se da correctamente la mención de 1945 para el Premio Nobel de Literatura concedido a Gabriela Mistral; en la segunda, en cambio, se pone 1955. Pero ¡ni el título ha escapado a los deterioros de la impresión! En la portada propia se lee: *Recados: Contando a Chile*. En la tapa de color, en cambio, habiéndose suprimido la puntuación (:) entre los dos títulos ha quedado una sola frase que debe leerse de corrido *Recados contando a Chile*. Lo que, dicho sea con todo respeto para quienes dispusieron las cosas en esta forma, constituye agravio al pensamiento de la autora, que acaso no pretendió jamás dar a un libro suyo semejante título contrahecho.

Repetimos que las erratas que hemos señalado más arriba son relativamente pocas en el número, pero de importancia decisiva para captar la intención de la autora. Son, en suma, erratas graves, sin disimulo, que debieron, por elemental decoro, ser consignadas en una fe de erratas, salvo que los editores no las hayan advertido, extremo que, por definición, no puede aceptarse.



La prosa de Gabriela Mistral es difícil, y generalmente encierra palabras de uso muy reducido, rebuscadas acaso con extrema paciencia en los diccionarios de sinónimos para evitar el empleo de voces de mayor llaneza. De allí que la labor de editar a la autora no sea nada fácil, dicho en sustancia. Aducimos estos hechos de obvia comprobación entre todos los críticos que hasta hoy han estudiado la obra de Gabriela Mistral, para introducir una segunda parte del escrutinio de erratas en que estamos empeñados. Lo que sigue no es una simple fe de deslices de impresión, sino una lista de dudas en que, por falta de aliño de la edición de estos *Recados*, quedaron vacíos de la expresión literaria, palabras que seguramente no figuran en el original de la autora, que el cajista leyó como pudo y que en seguida nadie se ha atrevido a corregir. Se plantea la pregunta de siempre: ¿deben respetarse los obvios deslices de la pluma? Sea cual fuere la respuesta, habría convenido una nota del selector, el R. P. Alfonso Escudero, que en esta labor ha sido notoriamente parco y aun —podría decirse— avaro de sus conocimientos. Las notas que se le deben son muy útiles: no menos pudieron ser las que faltan.

Las dudas a que nos estábamos refiriendo son, en fin, las que siguen.

Página 104: “Me mostraba el gráfico de su propio temperamento, me lo explicaba tiernamente, como a una hija, y, como una hija, *el yo* se lo escuchaba y se lo seguía”.

Al reproducir estas palabras hemos corregido la puntuación, que en el libro aparece erróneamente dispuesta. La duda, sin embargo, incide no en la puntuación sino en la expresión subrayada. Creemos que debe imprimirse en lo sucesivo *yo*, suprimiendo el.

Página 113: “Ellas sí no han pecado, las buenas gentes, del pecado americano por excelencia que es la botaratería del suelo, la lujuria de la ocupación y la necesidad del badiísmo”.

Por el contexto, me siento inclinado a leer baldiísmo, expresivo neologismo que denota la calidad de baldío, término muy empleado en literatura de temas agrarios.



Página 167: "...es la vida cotidiana en su grotesco o su mísero o su tierno de cosa parada o de cosa usual..."

Dentro de las equivalencias léxicas constantes en la autora, se da el empleo de "pardo" como sinónimo de común, corriente, trivial, vulgar, familiar, cotidiano, etc. Nos inclinamos, en consecuencia, a presumir que en el sitio mencionado debe leerse parda en lugar de parada.

Página 218: "Ella había partido del Mediterráneo, de la Mancha, del Atlántico yanqui..., de Kamchatka (según el chiste de Cocteau, tal vez hasta de Casiopea, de todas partes menos de nuestras propias entrañas)".

Por el contexto, parece posible llegar a la conclusión de que el paréntesis debe cerrarse en Cocteau, ya que de otra suerte la enumeración queda incompleta y descabulado el sentido de la opciones.

Página 231: "...o se me echan a los pies las lonjas de nuestra costa majada por el Pacífico".

La duda ocurre acerca de lo fácil que es imaginar que el autor haya querido decir mojada por el hecho de estar hablando de costas que humedece un mar; pero a Gabriela Mistral no le gustaban las fáciles asociaciones de palabras, y es posible que haya preferido majada, palabra que en este caso es participio pasado del verbo majar, en su sentido de machacar o batir. Sea como fuere, es de los casos en que conviene una nota que por lo menos deje a salvo la responsabilidad del editor.

Página 241: "...unas cuantas piedras sueltas y juntas par escondrijo".

La duda incide sobre si en este caso la autora dijo para o por: en ambos casos hay error de impresión. Nos inclinamos a creer que si la autora hubiera sido consultada habría preferido por.

Página 262. "Estas falsas posesiones ganadas con un salto de a bordo y el asentar de labora en tierra o hielos, ya hicieron su época y corresponden a la mentalidad imperial de hace un siglo".

Parece que la autora ha querido poner labores, lo que podría calzar con el contexto.



El problema que plantea este libro no es menudo dada la importancia que asume la obra de Gabriela Mistral dentro de la literatura chilena. ¿Es razonable que se sigan editando las producciones de la autora tal como nos las ofrecen las impresiones descuidadas que se hicieron en los diarios? ¿No será preferible someter los originales a estudio riguroso, para eliminar en lo posible los puntos de duda? Insistimos en que la prosa de Gabriela Mistral, según el sentir unánime de cuantos entienden de letras, es difícil, sea porque contiene gran número de recónditas alusiones, sea porque es notorio en ella el empleo preferente de voces raras, neológicas, desusadas o regionales. Cualquier errata tolerada en un escrito de Gabriela Mistral puede pasar a ser considerada, por el lector indocto, como expresión propia de la autora, primor de estilo, hallazgo de la lengua, lo cual dista mucho, como se comprenderá, de contribuir a dar al mensaje de la poetisa la fijeza inmarcesible que le corresponde dada su categoría espiritual.—*Raúl Silva Castro.*



“CABALLO DE COPAS”, de *Fernando Alegría*. Zig-Zag, 1958

La dinámica sugestión que este libro ha de provocar en el lector menos despabilado y, aun, en ciertas sensibilidades ambiguas, trae una vez mas al tapete del examen y la controversia el proceso hasta ahora no dilucidado, aunque siempre incitante, del naturalismo con sus defectos y sus bondades, dentro de la creación literaria. Nuestro propósito es, desde luego, ajeno a la fácil beligerancia o a la simple divagación. Enfrentados en este momento a la reciente novela de Fernando Alegría, fruto de superior madurez, no cabría eludir el escollo que la crítica militante de uno y otro lado ha estado levantando con el afán, quizás pueril, de oscurecer o corromper, si cabe, el viviente hechizo de la novela mencionada. Tal escollo no es otro que el afán, destacado por los comentadores, de encasillarla, como si se tratase de una ficha dactiloscópica, en alguna estereotipada zona